

¿Será, acaso, un día deleuziano el siglo? Nada me anima —lo confieso— a augurar tal cosa. Nada, salvo la sentencia inapelable de Michel Foucault. No hay cosa alguna en la cuadrícula sórdida de nuestro inalterado cotidiano —decir fascismo cotidiano se me antoja pleonasma— a la medida del proyecto aquel de un estallido irreversible del marco de certidumbre que, en torno a la constitución de la función llamada sujeto, anuda los hilos de la sumisión al orden, proyecto que, hace ahora exactamente dos décadas, el primer volumen de *Capitalisme et schizophrénie*, L. *Anti-Oedipe*, anunciara. Muy otro fue lo que vino: ágrafos analfabetos que se autoproclamaron, desde la ilustración de las revistas de moda, «nuevos» y «filósofos» —la sospecha de una tan palmaria *contradictio in adjecto* no pareció ni rozarlos— cantaron los encantos del retorno al hogar patrio, la confortabilidad del orden y el horror hacia cualquier tentación de apuestas insumisas. Sobre Deleuze y Guattari cayó toda la basura que los cuatro mangantes al servicio del que manda tienen siempre al alcance de su mano. El mundo, al fin, volvió a estar bien hecho. Y de aquellos que un día osaron sacudirlo, conmocionarlo hasta sus cimientos, no pareció haber quedado sino la memoria de un peligroso jugar en las fronteras de lo, sin más, psiquiatrizal-de.

Toni Negri lo ha señalado muy recientemente: veinte años después del 68, ¡qué dicha leer de nuevo a Gilles Deleuze, a Félix Guattari! Leer —aun cuando sea, entre nosotros, con ocho años de retraso— este volumen segundo del gran proyecto subversor que el *Anti-Edipo* inaugura. Ver, en este *Mil Mesetas*, desarrollarse la vida de un pensa-

miento infinitamente radical e intransigente, al margen de toda moda, de toda concesión o complacencia para con el siniestro entorno restaurado. Y ello con una fuerza conceptual tan enteramente formulada como contundentemente fundamentada en una erudición textual irreprochable. En medio del desierto especulativo que el analfabetismo ilustrado ha logrado consolidar en torno nuestro, una feroz anomalía se revela aquí que no podríamos pasar por alto. Viene de atrás lo excepcional de esa escritura: de aquel lejano *Empirisme et subjectivité* —masacrado en castellano por una canallada a la que la editorial Granica llamó traducción —del año 1983 al recientísimo *Pli*, una misma brutal paradoja me parece saltar a los ojos cuando uno se pone ante los textos deleuzianos —y también, por extensión, guattarianos—: la de cómo una forja tan minuciosamente académica de lo textual, cómo un academicismo tan extremo, haya podido producir efectos de desplazamiento discursivo tan extratextuales, tan terrorísticamente antiacademicistas.

Una genealogía del fascismo cotidiano

Gabriel Albiac

Digo, de entrada, que —en lo que concierne al estudio de la obra de Gilles Deleuze— no creo, en modo alguno, sustentables las hipótesis empeñadas en distinguir fases, etapas o problemáticas diferenciadas. Hablar de un período académico que, del Hume del 53, el Nietzsche del 62 o los Espinosas del 68 y el 70, llevaría en una segunda fase al proyecto político del 68 y el 80, para abrirse luego a un universo disperso de intervenciones locales sobre cine, pintura, música, y luego cerrarse con el final retorno del *Pli* el academicismo del barroco leibniziano, me parece tan aplastadamente descriptivo cuanto banal. El problema de verdad está en otro sitio: cuál sea la estrategia teórico-política que exige que la comprensión del modo en que la subjetividad es pieza de reproducción maquínica de poder pase a través de una meticulosa recomposición de las prácticas (textuales y no textuales) en que su entidad misma ha sido sobrecodificada.

Definir esa estrategia tal vez sea aún hoy, para nosotros, precipitado.

Tan sólo como hipótesis, avanzaré que me ha parecido, desde su publicación, *Mille Plateaux* un laboratorio esencial para tratar de atisbar algunos de esos elementos claves. Lo diré muy esquemáticamente: *destrucción del sujeto*. En un doble sentido. Como *hypokeímenon* aristotélico primero —definitivo borrado de la categoría de subyacencia o continuidad en el cambio—, primado, frente a ella, de lo évenémientiel. Borrado, luego, del sujeto freudiano. Marx contra Freud. Una doble ruptura que Deleuze resumía como articulada en dos grandes temas. «el inconsciente no es un teatro, sino una fábrica, una máquina productiva; y el inconsciente no delira sobre papá y mamá, sino sobre las razas, las tribus, los continentes, la historia y la geografía, siempre sobre un campo social».

Cualquier lector del Espinosa del 68 y del 70 reconocerá fácilmente las raíces de este proyecto de aniquilar toda pretendida originariedad ontológica del subjetividad. Tomar al sujeto humano por un *imperium in imperio* había aparecido, para el autor judío, como la última de las estupideces de una filosofía castradamente clerical. Contra el clericalismo laico de los psiquiatras y los moralistas se articula el feroz discurso de esta segunda entrega de *Capitalismo y esquizofrenia*, cuya voluntad de univocidad ontológica es descrita por Deleuze como «una especie de espinosismo del inconsciente». Su objetivo aparece desde las primeras líneas: «No llegar al punto de ya no decir yo, sino a ese punto en el que ya no tiene ninguna importancia decirlo o no decirlo. Ya no somos nosotros mismos. Cada uno reconocerá los suyos. Nos han ayudado, aspirado, multiplicado.»

¿Puede llamarse a eso, como lo propusiera Foucault, un iniciación a la vida no —fascista? Reflexionemos. ¿Qué es lo que constituye lo esencialmente despótico del poder constituyente sobre las subjetividades sometidas? No tanto, desde luego, sus aspectos represivos manifiestos, sus negatividades, sus imposiciones exteriores —factores todos ellos que, en tanto que visibles, designables, son susceptibles de cuestionamiento—, sino aquello en lo cual la «aceptación» o «rechazo» son acometidos: esa condición de sujeto ontológicamente constituido que, en su materialización misma, es nudo de todas las redes materiales de poder. De ahí, de esa comprensión, radicalmente materialista, de la subjetividad como constructor de poder, esa batería de adversarios —esto es, de agentes del orden subjetivo— a quienes Foucault enfrentara el proyecto de *El Anti-Edipo*: ascetas políticos (burócratas y funcionarios de la delegación representativa del poder), técnicos del deseo (psicoanalistas y psicólogos) y, sobre todo, fascismo en sentido propio, no ésta o aquella de las variantes que resueñan en los nombres (Mussolini, Hitler, González Márquez, Pinochet, Franco, Guerra, Goebbels...), sino el gran, el genérico fascismo cotidiano, esa pulsión que «nos hace amar el poder y desear esa misma cosa que nos explota». Pulsión de identidad, pulsión de ser, que es, al fin, pulsión de muerte, pues que en la identificación con el paradigma que el ser enuncia yace la muerte de toda diferencia. Lo uno y lo múltiple: el platónico problema del *Fileto* (problema que Platón dijera irrebalsable por consustancial al lenguaje) es ahora brutalmente reconfigurado en consigna de lucha: «¡Haced rizoma y no raíz! ¡No plantéis nunca! ¡No

sembréis, horadad! ¡No séais ni uno ni múltiple, sed multiplicidades!».

Vivir, al fin, en el riesgo que el desafío frente al poder —frente al sentido, pues— implica. Tal parece hoy, de nuevo, la apuesta filosófica, «pues estamos hechos de tres líneas, pero cada especie de línea tiene sus peligros. No sólo las líneas de segmentos, que nos cortan y nos imponen las estrías de un espacio homogéneo, sino también las líneas moleculares que arrastran ya sus microagujeros negros; por último, las líneas de fuga que siempre corren el riesgo de abandonar sus potencialidades creadoras para transformarse en líneas de destrucción pura y simple (fascismo)».

Batalla frontal contra el fascismo; así, este segundo volumen de *Capitalismo y esquizofrenia* apuesta contra el sentido que nos constituye estupidamente en la sujeción. Desde las *Mil Mesetas*, el mundo se ofrece desarticulado y ajeno. Mundo en el límite de lo tolerable. Frente a él, un interrogante: ¿Será, alguna vez, el síglo deleuziano?

Tomado de *El Urogayo* 1989

Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *Mil Mesetas*, Ediciones Pre-Textos.